

El hambre y los alimentos en la configuración del mundo rulfiano (On Hunger and Food in Juan Rulfo's Universe)

Gloria Vergara*

Abstract: In this article, we will review the role played by hunger and food in the represented characters of the Rulfian universe. We will specifically deal with the ideas of Roman Ingarden about the sets of circumstances projected by the sentences in the work of literary art. According to Ingarden, here we can find different types of sentences, depending on the sets of circumstances that refer to a content of 'this is it', 'it seems' or 'it happens'. It is thanks to the functions of these sets of circumstances that we perceive the objects, because they 'illuminate' or so to speak the field of vision and 'disappear' so that we can perceive the objects. This determines, on one hand, the configuration of the represented world and, on the other, makes us to perceive, as readers, that rickety and hopeless world where the Rulfian characters are just shadows that wander in search of survival.

Keywords: hunger, food, Juan Rulfo

EL UNIVERSO RULFIANO VISTO POR LO QUE SUS PERSONAJES COMEN O DEJAN DE COMER

López Austin refiere el uso alimentario de los chichimecas que comían toda clase de hierbas, palmitos, flores, miel, y animales como zorrillos, culebras, ratones, comadreja, lagartijas, abejones y langostas. Esto según López Austin (2013, 18), caracterizaba a los pueblos nómadas. El maíz era "definidor de la vida civilizada" como ahora define la tradición mesoamericana. Así, dice López Austin, cultura y alimento se conjugan en la tradición. Hasta el día de hoy el maíz nos define, y conserva, para los pueblos originarios, su carácter sagrado. "Nosotros germinamos [en este mundo] como pequeñas plantas de maíz, el maíz es nuestra sangre" (Sandstrom en Austin 2013, 20).

Siguiendo esta idea, vemos que, en el mundo configurado por Juan Rulfo, el maíz también aparece como un elemento fundamental; ocupa

* Gloria Vergara (✉)

Faculty of Letters and Communication, University of Colima, Mexico
e-mail: glainz@hotmail.com

el centro de los alimentos representados, ya sea porque muestra la ocupación principal de los campesinos y los rituales de la siembra, así como los alimentos derivados, o porque proyecta la nostalgia de un pasado abundante y la inminente escasez del presente. Pero otros cultivos y plantas silvestres aparecen o son mencionados en la dieta de los personajes rulfianos: calabaza, cebada, frijol, garbanzo, caña de azúcar, maguey, alfalfa, duraznos, mandarinas, naranjas agrias, limones, nuez, uvas, guayabas, plátanos, chile, ejotes, cebollas, romero, hierbabuena, menta, verdolagas, flores de obelisco, quelites, granada, arrayanes, garambullos, huamúchiles y alimentos derivados como tortilla, azúcar, tacos de frijoles, gordas con chile, guacamole, pan recién horneado, entre otros.

Se nombran hábitos como: tomar canela, café, chocolate, atole, mezcal, alcohol, cerveza y ponche. Las canelas con alcohol se le “pasan” a Dorotea en el velorio de Miguel Páramo. Los hombres toman mezcal y cerveza en “Luvina”: “¿Qué opina usted si le pedimos a este señor que nos matice unos mezcalitos? Con la cerveza se levanta uno a cada rato y eso interrumpe mucho la plática” (Rulfo 1980a, 136). Macario se toma la leche de Felipa y su propia sangre. “La sangre también tiene buen sabor aunque eso sí, no se parece al sabor de la leche de Felipa...” (Ibid., 85), dice, cuando se arranca las costras de la piel. Y cierra el cuento comparando la leche de Felipa con las flores de obelisco: “De lo que más ganas tengo es de volver a probar algunos tragos de la leche de Felipa, aquella leche buena y dulce como la miel que le sale a las flores del obelisco...” (Ibid., 87). En el cuento “El hombre”, el personaje que anda huyendo se toma la leche de borrega para saciar el hambre: “Se pegó a la más hobachona de mis borregas y con sus manos como tenazas le agarró las patas y le sorbió el pezón. Hasta acá se oían los balidos del animal; pero él no la soltaba, seguía chupe y chupe hasta que se hastió de mamar. (Ibid., 52)

Los animales relacionados con alimentos en el mundo de Rulfo son: vacas, puercos, chivos, borregos, venados, gallinas, guajolotes, conejos, sapos, ranas, ajolotes, abejas, y derivados como miel, huevos y leche de chiva, de borrega, de vaca; cecina, barbacoa, carne de venado, mole de guajolote, chicharrón. Y el personaje de “El hombre” come animal muerto, hediondo. También la leche de Felipa es alimento de Macario, como dijimos antes.

Sobresalen situaciones representadas del acto de comer, que alcanzan, en el mundo de Rulfo, ritmos oracionales de singular artificio y verosimilitud en cuanto a la voracidad y el hambre: “Pedro

Páramo los invitó a cenar. Y ellos, sin quitarse el sombrero, se acomodaron a la mesa y esperaron callados. Sólo se les oyó sorber el chocolate cuando les trajeron el chocolate y masticar tortilla tras tortilla cuando les arrimaron los frijoles. (Ibid., 121)

Asimismo aparecen costumbres que literalmente deploran a los comensales. Ocurre en “Macario”: “Es mi madrina la que nos reparte la comida. Después de comer ella, hace con sus manos dos montoncitos, uno para Felipa y otro para mí.” (Ibid., 82) O la costumbre de hacer fiesta para los gobernantes, aunque el pueblo esté en medio de la tragedia, como pasa en “El día del derrumbe”:

Trajeron más damajuanas de ponche y se dieron prisa en tatemar más carne de venado, porque aunque ustedes no lo quieran creer y ellos no se dieran cuenta, estaban comiendo carne de venado del que por aquí abunda. Nosotros nos reíamos cuando decían que estaba muy buena la barbacoa, ¿o no, Melitón?, cuando por aquí no sabemos ni lo que es eso de barbacoa. Lo cierto es que apenas les servíamos un plato y ya querían otro y ni modo, allí estábamos para servirlos; porque como dijo Liborio, el administrador del Timbre, que entre paréntesis siempre fue muy agarrado, «no importa que esta recepción nos cueste lo que nos cueste que para algo ha de servir el dinero», y luego tú, Melitón, que por ese tiempo eras presidente municipal, y que hasta te desconocí cuando dijiste: «que se chorrié el ponche, una visita de éstas no se desmerece». Y sí, se chorrió el ponche, ésa es la pura verdad; hasta los manteles estaban colorados. Y la gente aquella que parecía no tener llenadero. Sólo me fijé que el gobernador no se movía de su sitio; que no estiraba ni la mano, sino que sólo se comía y bebía lo que le arrimaban; pero la bola de lambiscones se desvivía por tenerle la mesa tan llena que hasta ya no cabía ni el salero que él tenía en la mano y que cuando lo desocupaba se lo metía en la bolsa de la camisa. Hasta yo fui a decirle: «¿no gusta sal, mi general?», y él me enseñó riendo el salero que tenía en la bolsa de la camisa, por eso me di cuenta”. (Ibid., 179)

Aquí los conjuntos de circunstancias de «así parece», relacionados con la carne de venado que los comensales confundían con la barbacoa, proyecta otro conjunto de circunstancias que sólo re-cofiguramos como lectores, cuando sabemos que estaba prohibido cazar venados. Comprendemos el tono de burla del narrador al decir que es la misma autoridad que regula esas leyes, quien, sin saber, las está infringiendo. Y es que, en efecto, el universo rulfiano nos hace voltear a una realidad en donde los pueblos hacen justicia por mano propia y establecen sus

propios mecanismos de defensa, frente al hambre y el olvido que los carcome. En ese mundo aparecen otras prácticas relacionadas con los alimentos: sembrar, hacer desmontes, desgranar maíz, criar animales de corral, ordeñar. Y, en general, los alimentos que más se mencionan son: maíz en sus variantes y procesos, leche, huevos, carne y miel.

Pero ¿qué importancia tienen estos alimentos o la falta de ellos en la configuración identitaria de los personajes rulfianos? Tomemos el ejemplo del maíz. Éste determina en gran medida las actividades de los personajes y su situación económica y social: si no llueve, se seca la milpa, como sucede en “¡Diles que no me maten!”; pero si llueve de más, se pierde la cosecha. Esto mismo pasa con otros cultivos como la cebada, en “Es que somos muy pobres”. En el cuento “El llano en llamas”, el narrador deja ver el tiempo de la cosecha a través de un conjunto de circunstancias de “así pasa” o “así pasaba”:

Era la época en que el maíz ya estaba por pizcarse y las milpas se veían secas y dobladas por los ventarrones que soplan por este tiempo sobre el Llano. Así que se veía muy bonito ver caminar el fuego en los potreros; ver hecho una pura brasa casi todo el Llano en la quemazón aquella, con el humo ondulado por arriba; aquel humo oloroso a carrizo y a miel, porque la lumbre había llegado también a los cañaverales. (Ibid., 100)

Este fuego cíclico refiere la preparación de la tierra: “Y desde aquí se veían las fogatas en la sierra, grandes incendios como si estuvieran quemando los desmontes” (Ibid., 102). En *Pedro Páramo*, encontramos igualmente referencias al maíz: “Hay allí, pasando el puerto de Los Colimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro” dice Doloritas, la madre de Juan Preciado (Rulfo 1980b, 8). Luego, brota entre los recuerdos, la actividad del pueblo próspero:

... Todas las madrugadas el pueblo tiembla con el paso de las carretas. Llegan de todas partes, copeteadas de salitre, de mazorcas, de yerba de pará. Rechinan las ruedas haciendo vibrar las ventanas, despertando a la gente. Es la misma hora en que se abren los hornos y huele a pan recién horneado. (Ibid., 59)

Así, el mundo de Comala parece tener un pasado glorioso: “Llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas [...] El color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan. Un pueblo que huele a miel derramada...” (Ibid., 25). Sin embargo, este

culto agrícola ha quedado sólo en el recuerdo, como se menciona en “La cuesta de las comadres”:

El coamil donde yo sembraba todos los años un tantito de maíz, y otro tantito de frijol, quedaba por el lado de arriba [...] el maíz se pegaba bien y los elotes que allí se daban eran muy dulces. Los Torrico que para todo lo que se comían necesitaban la sal de tequesquite, para mis elotes no; nunca buscaron ni hablaron de echarle tequesquite a mis elotes, que eran de los que se daban en Cabeza del Toro” (Rulfo 1980a, 22).

El maíz aparece asimismo como alimento para los animales. En “Macario” el maíz es para los puercos flacos y en *Pedro Páramo*, para las vacas, cuando no hay pastura: Fulgor “llegó a las trojes y sintió el calor del maíz. Tomó en sus manos un puñado para ver si no lo había alcanzado el gorgojo. Midió la altura: “Rendiría —dijo—. En cuanto crezca el pasto ya no vamos a requerir darle maíz al ganado. Hay de sobra” (Rulfo 1980b, 83).

LA TRAGEDIA Y EL HAMBRE

En el universo rulfiano que indica el presente, la cosecha se pierde por exceso de agua o por falta de ella, como decíamos antes. En *Pedro Páramo*, “Fulgor Sedano se fue hasta las trojes a revisar la altura del maíz. Le preocupaba la merma porque aún tardaría la cosecha. A decir verdad, apenas si se había sembrado” (Ibid., 82). Ya no era el tiempo que recordaba Doloritas, o el tiempo seguro, antes de los Torrico, cuando, en “La cuesta de las comadres”, los Torrico no estaban y la gente “sacaba de las cuevas del monte sus animalitos y los traía a amarrar a sus corrales. Entonces se sabía que había borregos y guajolotes. Y era fácil ver cuántos montones de maíz y de calabazas amarillas amanecían asoléandose en los patios” (Rulfo 1980a, 22).

Aquel tiempo de abundancia contrasta con situaciones de lucha por salvar la cosecha en la escasez y el hambre del presente representado por Juan Rulfo:

Entre los surcos, donde está naciendo el maíz, corre el agua en ríos. Los hombres no han venido hoy al mercado, ocupados en romper los surcos para que el agua busque nuevos cauces y no arrastre la milpa tierna. Andan en grupos, navegando en la tierra anegada, bajo la lluvia, quebrando con sus palas los blandos terrones, ligando con sus manos la milpa y tratando de protegerla para que crezca sin trabajo (Rulfo 1980b, 108).

La lluvia también es motivo de pérdida en el cuento “Es que somos muy pobres”. Allí el narrador, hermano de *Tacha*, además de lamentar que el río se haya llevado la vaca, dice:

A mi papá eso le dio coraje, porque toda la cosecha de cebada estaba asoleándose en el solar. Y el aguacero llegó de repente, en grandes olas de agua, sin darnos tiempo ni siquiera a esconder aunque fuera un manojo; lo único que pudimos hacer, todos los de mi casa, fue estarnos arrimados debajo del tejaván, viendo cómo el agua fría que caía del cielo quemaba aquella cebada amarilla tan recién cortada. (Rulfo 1980a, 35)

Tal como pasa, la pérdida da lugar a la tragedia de la hermana *Tacha* que predice la prostitución, pues seguramente, sin la vaca, ella seguirá el camino de las otras dos hermanas. Porque en ese mundo, la cosecha se pierde como se pierden los personajes, así la tragedia de la tierra está ligada a la tragedia moral.

En “¡Diles que no me maten!”, los conjuntos de circunstancias proyectan el porvenir, el destino del personaje, pero religan la situación de huida y el crimen que cometió, con lo que le espera: Los que llegaron, “habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa” (Ibid., 119), sin saber que venían por él. Qué más le hubiera dado dejarlos, “al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo” (Ibid.). Así, vemos la desesperanza como una cualidad metafísica, a partir de conjuntos de circunstancias que marcan lo que parece y lo que pasa, a la vez, entre la pérdida de cosechas y la pérdida de los sujetos que se van delineando con una identidad borrosa, sin aliento, sin asidero.

El maíz, como hemos visto, tiene una carga significativa en esta desesperanza, y da lugar a la representación del hambre. En “Macario”, el personaje narrador se come el garbanzo remojado de los puercos gordos y el maíz seco de los puercos flacos, porque nunca se le acaba el hambre.

Mi madrina no me regaña porque me vea comiéndome las flores de su obelisco, o sus arrayanes, o sus granadas. Ella sabe lo entrado en ganas de comer que estoy siempre. Ella sabe que no se me acaba el hambre. Que no me ajusta ninguna comida para llenar mis tripas aunque ande a cada rato pellizcando aquí y allá cosas de comer. Ella

sabe que me como el garbanzo remojado que le doy a los puercos gordos y el maíz seco que le doy a los puercos flacos. Así que ella ya sabe con cuánta hambre ando desde que amanece hasta que me anochece. (Ibid., 86)

Entonces el símbolo del maíz, sagrado, ligado al origen en nuestra cultura, el maíz que debería ligar a los personajes a su tierra, se convierte en un detonador de la miseria y los condena al nomadismo de la sobrevivencia. Tienen hambre los que padecen el rechazo como Macario, apedreado por la gente que lo invitaba a comer, o Dorotea, quien hasta del cielo es expulsada: “Les quise decir que aquello era sólo mi estómago engarrñado por las hambres y por el poco comer” (Rulfo 1980b, 77).

Pero también tienen hambre los que andan huyendo, al margen de la justicia, como el hombre, en el cuento que lleva ese título: “Y estaba reflaco, como trasijado. Todavía ayer se comió un pedazo de animal que se había muerto del relámpago” (Rulfo 1980a, 53). En “Diles que no me maten”, Juvencio Nava, quien había matado a su compadre por causa del alimento para el ganado, tiene que vivir huyendo y esto lo condena al hambre. Cada vez que llegaba algún fuereño “yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo sólo verdolagas”. (Ibid., 116)

Pero en ese mundo, el hambre no sólo alcanza a los que andan huyendo por algún crimen cometido o por ser considerados locos. Tampoco tienen qué comer los que trabajan y no «les rinde» para ganarse la vida. En “Paso del norte” vemos cómo el hijo tiene que irse de brasero para conseguir dinero y no dejar morir de hambre a su familia: “nos estamos muriendo de hambre. La nuera y los nietos y éste su hijo, como quien dice toda su descendencia, estamos ya por parar las patas y caernos bien muertos. Y el coraje que da es que es de hambre” (Ibid., 148). Luego añade una situación que ocurre en la realidad que palpamos y que nos duele más allá de la ficción:

en un principio me volví güevero y aluego gallinero y después merqué puercos y, hasta eso, no me iba mal, si se puede decir. Pero el dinero se acaba; vienen los hijos y se lo sorben como agua y no queda nada después pal negocio y nadie quiere fiar. Ya le digo, la semana pasada comimos quelites, y ésta pos ni eso. Por eso me voy. (Ibid., 150)

La pobreza extrema que expulsa, que excluye, se acusa también en “Acuérdate”, donde una mujer apodada la *Berenjena*, se “veía rondando entre la basura, juntando rabos de cebolla, ejotes ya

sancochados y alguno que otro cañuto de caña «para que se les endulzara la boca a sus hijos»” (Ibid., 160). Todos de algún modo están condenados, pues en esa tierra no se da nada; así es en los cuentos de “Luvina” y “Nos han dado la tierra”. O lo que se da, es ácido; así lo confirma el padre Rentería en *Pedro Páramo*:

—Son ácidas, padre —se adelantó el señor cura a la pregunta que le iba a hacer—. Vivimos en una tierra en que todo se da, gracias a la Providencia; pero todo se da con acidez. Estamos condenados a eso.

—Tiene usted razón, señor cura. Allá en Comala he intentado sembrar uvas, No se dan. Sólo crecen arrayanes y naranjos; naranjos agrios y arrayanes agrios. A mí se me ha olvidado el sabor de las cosas dulces. ¿Recuerda usted las guayabas de China que teníamos en el seminario? Los duraznos, las mandarinas aquellas que con sólo apretarlas soltaban la cáscara. Yo traje aquí algunas semillas. Pocas; apenas una bolsita... después pensé que hubiera sido mejor dejarlas allá donde se maduraran, ya que aquí las traje a morir. (Rulfo 1980b, 91)

En “Luvina” no hay qué comer; no venden de comer y en “Nos han dado la tierra”, tal parece que “ni maíz ni nada nacerá” (Rulfo 1980a, 14). Con esto se termina toda esperanza, y la tierra que podría significar arraigo, marca el destino migratorio, deambulante de los personajes, pues tal como parece, la tierra los obliga a dar marcha atrás siempre:

Así nos han dado la tierra. Y en este comal acalorado quieren que sembremos semillas de algo, para ver si algo retoña y se levanta. Pero nada se levantará de aquí. Ni zopilotes. Uno los ve allá cada y cuando, muy arriba, volando a la carrera; tratando de salir lo más pronto posible de este blanco terregal endurecido, donde nada se mueve y por donde uno camina como reculando (Ibid., 15).

Los personajes rulfianos comen carne podrida y ajolotes como en “El hombre” o sapos, ranas, flores de obelisco y sangre en “Macario”, o verdolagas en “¡Diles que no me maten” y “Paso del norte”, o nada porque ya ni verdolagas hay. En ese mundo el hambre no acaba nunca y la tierra no da ni dará fruto alguno.

OTROS USOS DE LOS ALIMENTOS EN EL MUNDO RULFIANO

El maíz, además de ser proyectado como el alimento principal, aparece también en el mundo de Juan Rulfo como valor de cambio. En *Pedro Páramo* encontramos que sirve para pagar deudas: “—Te digo que si el maíz de este año se da bien, tendré con qué pagarte. Ahora que si se

me echa a perder, pues te aguantas” (Rulfo 1980b, 57). Sirve para «limpiar» culpas, como pasa con la viuda del hombre que mató Miguel Páramo: “Le ofrecí 50 hectolitros de maíz para que se olvidara del asunto; pero no lo quiso” (Ibid., 83). También los «alzados» que manda Pedro Páramo a la revolución, reclaman: “es dinero lo que necesitamos para mercar aunque sea una gorda con Chile”. (Ibid., 135)

El maíz y otros alimentos como los huevos, proyectan el morbo y la picardía de los personajes en el mundo rulfiano. En “El día del derrumbe”, el narrador se burla de la gente mirona que quiere ver al gobernador en la comida:

la gente estaba que se le reventaba el pescuezo de tanto estirarlo para poder ver al gobernador y haciendo comentarios de cómo se había comido el guajolote y de que si había chupado los huesos y de cómo era de rápido para levantar una tortilla tras otra rociándolas con salsa de guacamole; en todo se fijaron. (Rulfo 1980a, 177)

En “Anacleto Morones” las referencias a los huevos que les regala Lucas Lucatero a las mujeres de Amula, dan lugar al albur:

Les regalé los huevos.

—¿Mataste los conejos? Te vimos aventarles de pedradas. Guardaremos los huevos para dentro de un rato. No debías haberte molestado.

—Allí en el seno se pueden empollar, mejor déjenlos afuera.

—¡Ah, cómo serás!, Lucas Lucatero. No se te quita lo hablantín. Ni que estuviéramos tan calientes. (203).

En *Pedro Páramo* el doble sentido está en el diálogo entre Damiana y Miguel Páramo:

—¿Cómo se te hacen los huevos? —le pregunta Damiana a Miguel

—Cómo a ti te gustan.

—Te estoy hablando de buen modo, Miguel. (Rulfo 1980b, 80)

Además, en el mismo texto, la referencia a la práctica de ordeñar, relacionada con la leche, alcanza un matiz particular del lenguaje pícaro de la cultura mexicana, en donde cualquier cosa puede tener una carga sexual:

Cuando Fulgor le pregunta a Miguel de dónde viene, él dice:

—Vengo de ordeñar

—¿A quién?

—¿A que no adivinas?

—Ha de ser a Dorotea *la Cuarraca*. Es a la única que le gustan los bebés. (Ibid., 79)

Los alimentos en la obra rulfiana son, además, estrategias de construcción metafórica, en donde el excedente de sentido se desborda más allá de la abundancia o escasez de comida. Así pasa, por ejemplo, con los alzados de Pedro Páramo que le quieren pedir dinero para seguir en la revolución:

—Éste «no le daría agua ni al gallo de la pasión». Aprovechemos que estamos aquí, para sacarle de una vez hasta el maíz que trai atorado en su cochino buche. (Ibid., 122)

En la “Cuesta de las comadres”, Rulfo utiliza la analogía del pollo para hablar de Remigio Torrico. El narrador pone al mismo nivel del pollo que matan, la imagen del hombre muriendo. Cuando el narrador-personaje le enterró la aguja de arria a Remigio, éste “dio dos o tres respingos como un pollo descabezado y luego se quedó quieto” (Rulfo 1980a, 30). Un pollo descabezado implica una práctica alimenticia. Le tuercen el cuello para matarlo y comérselo; algunos animales dan todavía dos o tres reparos, antes de caer muertos. En esta aparente atenuación del crimen, lo que encontramos es una analogía implícita que nos lleva a una posible interpretación sobre la muerte de Remigio Torrico. ¿Es acaso el crimen una manera de sobrevivir en el mundo rulfiano?, ¿se puede percibir una analogía entre el pollo que matan para comer y el hombre que matan para no ser culpado de otro crimen?, ¿son ambas cuestiones de sobrevivencia? En estos intersticios del texto, se conflictúa el lector en las interpretaciones sobre la manera de ser de los personajes, pues también entra en un dilema sobre las valoraciones de lo que se presenta tal como parece, tal como es o tal como pasa en el mundo configurado por Juan Rulfo.

Otro alimento que sirve metafóricamente para manifestar la cosmovisión de los personajes en el universo rulfiano es la miel. En “Talpa”, el narrador habla de las llagas de Tanilo. “Y por aquí y por allá todas sus llagas goteando un agua amarilla, llena de aquel olor que se derramaba por todos lados y se sentía en la boca, como si se estuviera saboreando una miel espesa y amarga que se derretía en la sangre de uno a cada bocanada de aire” (Ibid., 78).

PALABRAS FINALES

Con el recorrido panorámico que hemos hecho de los alimentos en la obra de Juan Rulfo, vemos que éstos no solo inclinan la balanza hacia

el hambre de los personajes, sino que también se convierten en estrategias para nombrar el dolor, la desesperanza y la amargura. Así la miel, como el maíz y todo lo que proviene de la tierra que debería de servir a los hombres y mujeres, se resignifica con una carga negativa. La construcción metafórica de los alimentos se convierte en la superficie lingüística de símbolos apocalípticos que amplían la metáfora viva del inframundo, pues como enuncia Paul Ricoeur, “los símbolos sólo acuden al lenguaje en la medida en que los elementos del mundo se hacen transparentes” (Ricoeur 2006, 74). Y es a través de esta «transparencia nebulosa» de las circunstancias, que nos enteramos del hambre, el dolor, los miedos, la manera de hacer justicia, la ironía y la visión pícaro de quienes habitan Comala, Tuxcacuezcó, La Cuesta de las Comadres, Luvina, Talpa, Amula, Tonaya y todos los pueblos que arden bajo la misma llama de la sobrevivencia; esa que no deja otra alternativa que la muerte. Por eso se huye o se reza, como hace Agripina, la mujer del nuevo profesor que llega a Luvina: “Me dijeron sin sacar la cabeza que en este pueblo no había de comer... Entonces entré aquí a rezar, a pedirle a Dios por nosotros” (Rulfo 1980a, 131).

REFERENCES:

- López Austin, Alfredo. 2013. “Cosmovisión, identidad y taxonomía alimentaria” [“Cosmic vision, identity and alimentary taxonomy”]. In CONABIO, *Identidad a través de la cultura alimentaria [Identity through the Alimentary Culture]* México: Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad, pp. 11- 37.
- Ingarden, Roman. 1998. *La obra de arte literaria [The Literary Work of Art]*. México: Taurus /UIA.
- Ricoeur, Paul. 2006. *Teoría de la interpretación [Theory of Interpretation]*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul. 2007. *Tiempo y narración [Time and Narrative]*. México: Siglo XXI Editores.
- Rulfo, Juan. 1980a. *El llano en llamas [The Burning Plain and Other Stories]*. Edición especial, revisada por el autor. México: FCE.
- Rulfo, Juan. 1980b. *Pedro Páramo*. Edición especial, revisada por el autor. México: FCE.
- Zapata Olivella, Manuel. 1968. “La atmósfera socioantropológica en la novelística de Juan Rulfo” [“The social and anthropological atmosphere in the novel of Juan Rulfo”]. In *Boletín cultural y bibliográfico [The Cultural and Bibliographic Bulletin]*. Colombia, pp. 143-146.